

(9-6-26)

“La cultura del encuentro y no del enfrentamiento es la que genera estabilidad y prosperidad”

Soltó el Papa, entre otras verdades, en su primer discurso en nuestro “gran país”

Este órdago de construcción masiva es el que ha soltado León XIV, nada más llegar al país y sentarse a la mesa. Como aperitivo, me ha gustado ese entrante que ha adobado con tanto esmero que hasta a nuestro querido Arguiñano se le caería la baba con solo mirarlo. Dudo que a todos les haya complacido este primer bocado que, como otros manjares, a unos les resulta soso y a otros salado.

En el patio de butacas del Palacio Real estaban sentados, en orden, absoluto silencio y adecuadamente pertrechados, todos aquellos que suelen salir en los telediarios o cuando son abordados en las calles por los avezados periodistas. Las imágenes me han sorprendido porque en ningún momento Francina ha llamado al orden, no ha habido pataleos y, al final, unidos como hermanos, se han volcado en aplausos. Algunos, entusiasmados, han *“aplaudido con las orejas”*, otros, solo hacían el gesto con las manos. Pocos, los trasnochados, los que se aferran a las ideas y no a las verdades, dejaron las sillas vacías.

Por segunda vez y en tan poco espacio de tiempo, me siento obligado a confirmar que “Habemus Papam”. No se ha limitado a caminar sobre la superficie del agua, sino que se ha metido hasta la laringe y, aún empapada, se le ha entendido todo lo que quería decir. Un discurso diáfano, cristalino, hilvanado desde el principio hasta el final por un corazón que late bombeando humanidad, acompasado por una verdad que emerge durante un viaje a su interior en la oscuridad de la noche.

Evangelizar, es su misión como Papa, ha eso ha venido a nuestro “gran país”, como él ha dicho, y eso es lo que está haciendo. No lo hace solo, sino acompañado por siglos de historia, de concordia, de santos y apóstoles, poniendo en valor otras religiones, de miles de personas que creen en la bondad del corazón humano y en la de un Dios que le ilumina y le da fuerza y valentía para ejercer el pontificado.

Y me pregunto, ¿hay alguien que se oponga a poner en valor la expresión “familia humana”? ¿alguien se atreve a afirmar que las ideas están por encima de la verdad?, ¿alguien en su sano juicio no ve en la colaboración y cooperación una estrategia para conseguir objetivos comunes?, ¿es la cultura del encuentro la que hermana?... Todos, creyentes y no creyentes, con la mano en el corazón, saben las respuestas. El que no quiera saberlo es porque en sus entrañas anidan intereses perversos.

Quisiera, para finalizar, hacer un último comentario. Durante la visita de León XIV he visto las calles llenas de creyentes y no creyentes, de hombres mujeres y niños de países, de razas y de culturas diferentes, y me he preguntado ¿por qué las iglesias suelen estar vacías? Creo que los sacerdotes, en general, deberían tomar nota del discurso del Pontífice, estudiarlo y aprenderlo con empeño, personalizarlo, tener en cuenta el *“Totus alius et semper novus”* y la valentía de llevarlo a los parroquianos para que acercándolos a lo divino les ayude a mejorar como persona. Lo digo de buen rollo, practicando la *“cultura del encuentro y no del enfrentamiento”*.